

HOTEL BLANCO

De Sandra Massera

Texto dramático de dieciocho personajes para once actores

PERSONAJES

Ryunosuke Akutagawa

Tajomaru

Policía

Masago

Éste

El Otro

Monje del Templo de Kioto

Natsumi, peregrina del templo Toribe

Criada de Natsumi

Leñador

Yoshihide, el pintor

Esposa muerta de Yoshihide

Señora de Horikawa

Suegra de Takehiro

Takehiro

Sirviente de samurai

Vieja de Rashomon

Tamiko, la médium

1.

ESCENA EN LA QUE RYUNOSUKE DESCUBRE LA PRESENCIA DEL PÚBLICO

El espacio escénico simula un hall de recepción de un viejo hotel de principios del siglo XX. En el centro, sobre una alfombra raída, un escritorio desvencijado de madera, con varios cajones y una campanilla. Sobre la pared del fondo, un tablero con llaves herrumbradas cubierto de telarañas. Al lado, un espejo. Un par de sillones con el tapizado rasgado y los asientos hundidos. En una esquina, una mesa puesta con un servicio de vajilla de plata con telarañas. Todo está cubierto de una fina capa de polvo, como en una película en blanco y negro. Pueden verse unas puertas entreabiertas que todavía conservan la indicación del número de habitación. Música lejana. Penumbra.

Un rayo de luz violeta atraviesa el hall de lado. Se oye la voz de alguien que murmura desde lejos.

VOZ

Quince, quince... quince comprimidos van a ser más que suficientes.

El sonido de la voz se acerca. La figura escuálida de un hombre joven aparece en el umbral de una de las puertas y comienza a avanzar hacia el centro de la escena. Va vestido con traje oscuro y descolorido y mechones de cabello muy negro le caen sobre la cara. Lleva un frasco de vidrio en sus manos. Es Ryunosuke Akutagawa.

RYUNOSUKE

Quince deberían bastar...

(mira con angustia el frasco vacío)

Bastaron. Quince pastillas bastaron. ¡Ya las tomé! ¿Por qué olvido una y otra vez que ya las tomé?

(se da cuenta de la presencia del público y se detiene, sobresaltado)

¡Otra vez ustedes!

(mira nervioso hacia todas direcciones, y continúa murmurando para sí mismo)

¿Por qué ultimamente vienen cada vez más? Están insistiendo demasiado. ¡Los herederos deben querer vender la propiedad! Pero si la dejaron pudrir durante tanto tiempo... ¿por qué ahora? ¿no será que vienen precisamente porque yo...? ¡saben que sigo aquí! O por lo menos que estaba aquí cuando... ¿En qué año estamos? No sé... ni siquiera el siglo... no importa, creo que ya atravesamos el umbral de uno nuevo, por lo menos. Tengo que dejar de hacer esas marcas... en los cuadernos después no las encuentro y en los muros se cae el revoque, la cal se pulveriza. Los inviernos aquí son terribles, la humedad...

(mira al público, aterrado)

¿Ustedes no serán unos de esos imbéciles turistas o sí?

Es eso, se debe de haber puesto de moda. ¡La atracción turística más importante de la ciudad! ¡No deje de visitar el hotel donde el célebre Akutagawa, que no soportaba más la visión de los engranajes, una noche cualquiera decidió tomarse quince en vez de dos...!

*(se derrumba sobre uno de los sillones,
desanimado)*

¡Ay, ay, ay Ryunosuke, no seas engreído! ¡No vienen por tí! Casi seguro que no. ¿A
quién puede importarle la historia de un fracasado?

*Aparece un personaje vestido con llamativa chaqueta roja
llevando una tinaja de agua y una toalla y atraviesa el hall sin
mirar a Ryunosuke. Este, impaciente, espera que se vaya, se
levanta y se acerca al público.*

Si pueden oírme, les ruego que no compren este lugar, hay muchas otras propiedades
abandonadas de los tiempos de la recesión. ¡Por favor! O en todo caso, hagan una oferta
ridícula, sino... ¿adónde iría yo?

*Se escuchan voces airadas que provienen del otro extremo del
hall. Entra un hombre de aspecto fiero arrastrando con gruesas
cadenas a otro hombre más fiero aún. Ambos visten estilizadas
ropas de la época Heian del Japón. Recorren el hall gritando, sin
hacer caso de Ryunosuke.*

TAJOMARU

(luchando con las cadenas)

¡Maldita bestia resbalosa! Si hubieras tenido las crines largas... ¡Maldita mujer, más
escurridiza que la bestia!

POLICIA

¡Esta vez no escaparás!

TAJOMARU

No te imaginas qué poco me importa.

*Los personajes desaparecen por otra puerta tan abruptamente
como entraron. Casi simultáneamente, una hermosa muchacha
vestida con kimono blanco y los cabellos sueltos, se asoma
gimiendo. Parece suplicar a un interlocutor imaginario.*

MASAGO

¡Que me condenen por tener que escuchar esas palabras! ¡Si pudiera volvería a matarte!
Te dí muerte porque me despreciaste. Las brumas de la muerte nublan tus ojos.

Desaparece.

RYUNOSUKE

(al público)

Si esto se vende ¿adónde iría yo? ¿y ellos? Si esta propiedad se remata o se vende, ellos...

Reaparece el personaje de la chaqueta roja. Si se lo mira con atención, puede notarse que uno de los lados de su rostro presenta los rasgos borrosos.

EL OTRO

Maestro...

RYUNOSUKE

(sin hacerle caso)

Necesito un lugar tranquilo para descansar. Desde los diez años sufro de insomnio. Es lo natural en el hijo de una loca ¿no?

EL OTRO

Maestro...

RYUNOSUKE

¡Te tengo dicho que no me llames maestro! Me exaspera.

El Otro se va por donde vino.

RYUNOSUKE

Estoy seguro de haber cometido todos los pecados posibles y pese a eso me llaman “Maestro”.

Aparece un segundo personaje con idéntica chaqueta roja, llevando un llavero con muchas llaves. Se detiene y mira a Ryunosuke en silencio.

RYUNOSUKE

(al público)

Escribir no es suficiente. Ultimamente me está costando cada vez más.

¿Que puedo hacer si la tinta es de un color tan claro? Recordar, evocarlos una y otra vez.
(señala al personaje de rojo)

Éste no estaba terminado. Pero intenta meterse...

ÉSTE

Señor Akutagawa...

RYUNOSUKE

Por lo menos no me llama Maestro, como El Otro.
(dirigiéndose a Éste y señalando al público)

¿Sentiste el olor de los vivos eh?

ÉSTE

Con todo respeto, señor Akutagawa... no sé a qué se refiere.

RYUNOSUKE

No importa. Avísale a El Otro.

Éste sale.

RYUNOSUKE

¿Quién no caería en la desesperación sin poder escribir? Pero no es sólo la tinta. El papel a veces se vuelve fino y débil y se desgarran ni bien apoyo en él la pluma. Con el tiempo que ha pasado uno comprendería que se volviera amarillento, pero no es así. Conserva su delicado color ámbar, hermoso. Pero se ha vuelto frágil. Debe ser la sequedad que hay aquí en verano. Tampoco puedo leer con claridad. En el maletín había traído las últimas ediciones de mis libros, pero cuando intento volver a leerlos se me nubla la vista y las letras parecen desordenarse y chorrear de las páginas, que se pegotean unas con otras. Antes fumigaban aquí. Ahora hay muchos insectos que dejan su mugre en el papel y no me dejan separar las hojas. Depositán sus huevos en el papel. Les gusta el papel. Los he visto. Ensucian todo y hacen que se pegoteen las páginas. Sin hablar de los desesperantes engranajes que aún ahora me siguen molestando la visión del lado dere...

EL OTRO
(*entrando junto con Éste*)

Maestro...

RYUNOSUKE

¡Te dije que no me llames Maestro! Bah, no sé para qué te lo digo si vas a volver a olvidarlo.

(*continúa dirigiéndose al público con ansiedad*)

Es absolutamente necesario que esta propiedad no se venda. ¿En qué la convertirían? Si viniera gente aquí todo el tiempo se acabaría la paz...

Se oyen unos espantosos gemidos que parecen provenir del fondo. Alaridos de mujer seguidos de golpes de puertas y postigos y aullidos de animales hacen temblar el piso y los muebles por unos segundos y luego cesan de golpe. Ryonosuke espera que vuelva a instalarse la calma y continúa.

Quiero decir... ellos no podrían andar con tanta libertad, hasta quizá empiecen a desvanecerse. Les aseguro que vale la pena que no desaparezcan. Quizá ustedes puedan ir hoy día y comprar por unos pocos yenes mis relatos publicados, ¡ah...no sé si aún se venden! pero nunca como en este sitio podrá verse a mis personajes tan vivos ¡y eso es porque yo en persona los he recreado!... más o menos como me acuerdo... Por momentos olvido los detalles. Y no es por el Veronal...

Se escuchan extraños sonidos provenientes de un instrumento de cuerda.

ÉSTE

Sr. Akutagawa, el monje... la escena del Templo de Kioto.

RYUNOSUKE

Eso está bien. En vida nunca escribí esa parte. Pero ahora tengo mucho tiempo para imaginar...

(*en un aparte a Este y a El Otro, refiriéndose al público*)

Tenemos que enternecer a estos turistas... o promitentes compradores o acreedores quién sabe, para que no compren la propiedad, o asustarlos sería mejor. Para que no vuelvan.

EL OTRO

Con el monje y Natsumi se conmoverán, Maestro. Iré a ver si las mujeres están listas.

Sale.

2.

EL TEMPLO DE KIOTO

Un personaje vestido a la manera de los monjes del Período Heian entra con parsimonia. Se coloca en cuclillas en el centro de la habitación y continúa tocando con monotonía las cuerdas de un laúd. Se comporta como si estuviera solo. Transcurren unos segundos..

ÉSTE

(a Ryunosuke)

Sr. Akutagawa, ahora debería entrar el monje discípulo, muy agitado.

RYUNOSUKE

Está bien. Que entre.

Pasan unos instantes. No viene nadie.

ÉSTE

Sr. Akutagawa, si me disculpa, el relato no puede empezar si no entra el monje joven. Es el primero que habla.

RYUNOSUKE

(contrariado)

Será que no puedo evocar nítidamente su figura ni su cara... ¿Por qué se me aparece borrosa?

ÉSTE

Tal vez porque no pertenece a su relato original.

RYUNOSUKE

En el relato original tampoco aparecen las dos mujeres del Templo Toribe y ahí las veo junto a la chimenea del corredor, listas para aparecer en escena.

ÉSTE

Pero a ellas por lo menos usted las nombra en la página tres, en cambio al monje joven nunca.

RYUNOSUKE

Tal vez tengas razón. No sé qué hacer. Algunas veces logré que apareciera. No deberíamos hacer esperar más a los visitantes. Podemos mostrarles otras escenas.

ÉSTE

Pero los otros personajes que ya están listos se sentirían contrariados.

RYUNOSUKE

¿Tu crees? Ni se darían cuenta. Seguirían repitiendo los mismos gestos una y otra vez como si tal cosa. Míralos.

El monje continúa tocando la misma cuerda del laúd a intervalos idénticos y se oyen las voces de dos mujeres fuera de escena que repiten el mismo diálogo en susurros una y otra vez.

ÉSTE

Quizá. Pero sería una pena que los visitantes se perdieran el relato. Si quiere, yo mismo podría representar al monje joven. Lo vi muchas veces.

RYUNOSUKE

¿Tú?

ÉSTE

Permítame intentarlo. Sé todo lo que dice.

RYUNOSUKE

Está bien. Adelante. Está visto que hoy es un día extraño.

ÉSTE

Gracias, Sr. Akutagawa. Entonces ahora tengo que salir y volver a entrar.

Sale, cambia un poco su cabello y entra, muy agitado, dirigiéndose al monje.

Reverencia, con su permiso.

MONJE

(deteniendo su gesto sobre el laúd)

¿Has observado la madera de este laúd occidental?

ÉSTE

No, Reverencia.

MONJE

Deberías observarla, aprenderías mucho sobre las costumbres occidentales, así como de la naturaleza del señor que nos ha hecho este obsequio para el templo. Obsequio bastante inútil, por cierto.

ÉSTE

Prometo obsevarlo, a su tiempo.

MONJE

Este es el tiempo. Hazlo ahora.

ÉSTE

Le he traído un mensaje.

MONJE

La veta es bien distinta que la de cualquier madera nuestra. Y el barniz también.

ÉSTE

Me han encomendado que viniera a anunciarle...

MONJE

Arrogante también la forma. Pretencioso. Cualquier instrumento musical nuestro arranca sonidos más sugestivos.

ÉSTE

Reverencia, dos mujeres pidieron para verlo. Quieren contarle algo que les ha sucedido.

MONJE

¿Dos mujeres? ¿Aquí? ¿Cómo han entrado?

ÉSTE

Estaban en el portal, muy alteradas. Llevan las ropas rasgadas y han llorado.

MONJE

(mirándolo por primera vez)

¿Por qué no me lo dijeron? Que vengan. Tráelas aquí. Espera... ¿qué haces vestido con esas ropas?

Éste mira ansioso a Ryunosuke, que le hace señas de que continúe. Éste sale y vuelve al instante con dos mujeres llorosas y harapientas, una un poco más joven que la otra. Ryunosuke los mira entrar y se retira en silencio a un rincón, como si temiera perturbar con su presencia el devenir del relato.

MONJE

Señoras, por favor, descansen. Las escucho.

NATSUMI

Reverencia, gracias por recibirnos. Somos dos peregrinas de la Provincia de Wakasa.

Pertenezco a la casa de Taira. Mi nombre es Natsumi y ella es mi criada.

MONJE

¿Wakasa? Es lejos. ¿Cómo llegaron aquí?

NATSUMI

Nos dirigíamos hace dos lunas a las festividades del Templo Toribe.

MONJE

Admiro la belleza arquitectónica del Templo Toribe. Los relieves de su muro norte sobre todo. ¿Qué ha ocurrido?

NATSUMI

Nunca llegamos al templo. La noche antes de llegar nos hospedamos en la posada del ama Ineko, a una jornada de allí. Al amanecer partimos con nuestro cortejo rumbo al templo.

Era el día que iban a comenzar las festividades de primavera.

Pero a poco de llegar, justo cuando atravesábamos el camino de piedras que lleva a la cima del monte donde se encuentra el templo, sentimos unos ruidos que provenían de la maleza cercana.

(se interrumpe y ahoga un grito)

CRIADA

Sí, y casi sin darnos cuenta, un hombre alto, con espada y kimono azul, de aspecto fiero, nos cerró el paso. Dispersó él solo nuestro cortejo de cuatro guardias, que quedaron heridos en el camino, y destruyó las ruedas de la carroza en la que viajábamos. Luego nos hizo salir y nos ató las manos.

MONJE

¿Y qué sucedió luego? ¿Quién era el hombre?

CRIADA

En ese momento no sabíamos, pero luego supimos que se trataba del famoso bandido Tajomaru, ladrón de caminos. Nos despojó de todo lo que llevábamos.

MONJE

Pobres mujeres. ¿Qué hicieron después? ¿Qué hizo él? Pueden confiar en la protección de nuestro templo.

NATSUMI

Después de quitarnos nuestro equipaje, rió sin piedad y nos amenazó.

CRIADA

Sí, nos dijo que también nos quitaría nuestros vestidos. Que era muy capaz de eso si no seguíamos junto a él para hacerlo pasar por nuestro pariente frente a otros feligreses del camino. Lo que quería era seguir robando a otros y tomarnos como cómplices.

MONJE

¿Y ustedes qué hicieron? ¿Cómo lograron librarse de él?

NATSUMI

No nos libramos. Nos hizo seguir caminando con él, pero en vez de tomar el camino del templo, nos llevó a la montaña. Esa noche nos hizo dormir a descubierto y nos dio un queso agrio para comer. Al otro día comenzamos a andar. Nos obligó a pedir limosnas y mientras lo hacíamos él llegaba y asaltaba a los caminantes desprevenidos. Así pasaron los días. Al ocultarnos tantas veces entre las zarzas espinosas se nos fueron rasgando las ropas y realmente parecíamos mendigas.

Las dos mujeres se miran, indecisas.

MONJE

¿Hay algo más que quieran decir?

Las mujeres miran al monje joven.

MONJE

Akira, retírate.

Éste sale.

CRIADA

Hace tres noches, la última que estuvimos con él, me armé de valor y le dije: “¿Qué esperas para liberarnos? Ya te hemos servido. Hicimos todo lo que nos mandaste. Estamos medio muertas de frío y de hambre. Mátanos de una vez o déjanos ir. ¿No comprendes nada, verdad?”, me respondió. ¿Qué es? ¿Quieres nuestros cuerpos? Le increpé. Sigues sin entender, si hubiera querido vuestros cuerpos los hubiera tomado cuando estaban limpias y sanas, y no unos despojos como se ven ahora. ¿Qué quieres entonces? Venganza. Vengarme en ustedes de la mujer que me partió el corazón. Vaya culpa que tenemos que pagar, le grité. Además no creo que tengas corazón. ¿Tú qué sabes?, me dijo. Además no eres bella, y eso me ofende.”

NATSUMI

Luego de esto, al otro día nos dejó ir. Dijo que ya no podía sacar más nada de nosotras. Nos dió unas monedas y nos abandonó en el camino. Anduvimos toda la noche hasta que al amanecer vimos a lo lejos los muros de este templo.

MONJE

Han hecho bien. Laven sus cuerpos. Les daremos ropas limpias. Fue un sueño terrible que ya ha pasado. Piensen con consuelo que no las han deshonrado. Haremos llegar noticias a vuestra familia.

*La mujer joven se estremece. El monje hace sonar una campana.
Vuelve Éste a escena.*

MONJE

Akira, lleva a estas mujeres a que les den ropa y alimento.

NATSUMI

Reverencia, ¿puedo hablar con Usted?

MONJE

Sí. Te escucho.

Hace una señal y Éste y la criada salen. Cuando quedan solos, la mujer cae de rodillas, implorante.

NATSUMI

Reverencia, ya no podré volver a mi familia ni a mi casa. Tengo que salvar mi honor por lo que ha pasado. ¿Solicito solemnemente permiso para realizar jigai con daga corta y ligamento de rodillas!

MONJE

¿Qué dices? ¿Realizar jigai en un templo de hombres? Tu cuerpo no debe quedar aquí. Además, tú eres inocente de todo lo que ha pasado. No mereces morir. ¿No afirmó tu criada que no las han deshonrado?

NATSUMI

Nadie va a creerme. Pero esa no es la única razón. Yo misma me he deshonrado. Tengo que lavar mi honor por haber deseado el cuerpo del bandido Tajomaru.

MONJE

El hambre trastorna tu juicio. ¿Qué estás diciéndome?

NATSUMI

El único hambre que me tortura está en un sitio mucho más abajo que mi estómago. Desde que ví a Tajomaru cortándonos el paso en el camino de abetos, con su alta figura a contraluz y su negra barba espesa, no he hecho más que desear abrazarlo. Mi carne se ha consumido de deseo por él desde que me miraron sus brillantes ojos. No he podido dormir desde entonces, no por el hambre y el frío, sino por el amor que me corroe por dentro. Cada día y cada noche que he pasado prisionera de Tajomaru, he deseado que llegara por fin el momento en que me tomara con violencia sobre una roca o contra un árbol del camino, que me quitara lo que quedaba de mi sucio kimono y me dejara inmóvil sobre la hierba, a la luz de la luna o bajo la lluvia, tanto daba. Que lamiera mis heridas con su lengua caliente, penetrara mi cuerpo hasta hacerme sangrar y me hiciera un hijo tan fuerte que al salir reventara mis entrañas.

Pero no lo hizo. Sólo me miró con desprecio durante todo ese tiempo y ni una sonrisa sarcástica salió de su boca. Por eso, la última vez que lo ví, busqué quedarme a solas con él, y sin atreverme a confesarle mis deseos, le pregunté si de mí también consideraba que no era bella. *“Los eres, me contestó, eres muy hermosa, pero no me amas, sólo me deseas y eso no me basta. Sé leer en los ojos de las mujeres y no me gusta lo que veo en los tuyos. Váyanse ya y tengan cuidado. Hay muchos bandidos por estos caminos.”*

MONJE

(luego de un largo silencio)

Para mañana al amanecer arreglaré la ceremonia.

La mujer joven se inclina en respetuoso saludo y sale. El monje queda estático, mirando con preocupación al vacío.

3.

TAJOMARU PRISIONERO Y MASAGO

Tajomaru y Masago forcejean subidos a dos butacas vacías de la platea. Tajomaru está encadenado.

TAJOMARU

No te lamentes. El brillo de tus ojos al mirarme es más intenso que tus penas.

MASAGO

¿Cómo te atreves? Eres la causa de mi ruina.

TAJOMARU

Puedes decirme lo que quieras. Lo desmiente tu mirada.

MASAGO

Nunca más viviré sin vergüenza.

TAJOMARU

¡La vida no es cosa tan importante!

MASAGO

¿Por qué te dejaste atrapar? ¿Por qué no te escapaste?

TAJOMARU

Tu te fuiste. La vida no me interesa.

MASAGO

Mentira. Tú te fuiste. ¿Por qué no me llevaste contigo?

TAJOMARU

(intentando abrazarla)

Mientes. Pero no importa. ¡Que me condenen mientras miro tus ojos!

Se besan con desesperación. Tajomaru da a Masago un empujón brutal y muerde su cuello.

MASAGO

(separándose con furia)

¡Farsante! ¡Te dejas atrapar, van a matarte y me dejas con esta locura!

Tajomaru ríe salvajemente y unos instantes más tarde desaparece en las sombras. Masago sale corriendo por entre las filas de la platea, sube al escenario y sale por el fondo de la escena. En su trayecto se topa con dos hombres humildemente vestidos pero sigue de largo como si no los viera. El monje sigue con su mirada a la lejanía y unos segundos más tarde se retira.

Ryunosuke, que había permanecido observando en las sombras, saca un cuaderno de hojas amarillentas del bolsillo y comienza a escribir.

4.

LA SEÑORA DE HORIKAWA, EL PINTOR YOSHIHIDE Y EL LEÑADOR

EL OTRO

(apareciendo por el fondo de la platea y dirigiéndose al público)

El pintor Yoshihide fue el más célebre artista de su tiempo. Era viudo y vivía con su única hija, a la que había puesto de nombre Tamiko. Siempre se mostraba soberbio y codicioso, pero su arte era inigualable. Cuando estaba ya entrando a la vejez, su carácter y atuendo lo hacían ver cada vez más perverso. Quizá por eso fue llamado al palacio del señor de Horikawa, que le encargó la pintura más difícil y tremenda de todas: los tormentos de las ocho regiones del infierno.

Avanza Yoshihide seguido de un leñador que lleva unas tablas sin pulir.

LEÑADOR

Puedo asegurarle que es nogal de la mejor calidad. Resistente y flexible.

YOSHIHIDE

Más te vale que así sea. Es el encargo más importante de mi vida.

LEÑADOR

Cuando llegue el momento de pulir la tabla podremos comprobarlo.

Yoshihide le extiende unas monedas al leñador, que quiere retirarse.

YOSHIHIDE

Espera. No te vayas. ¿Puedes quedarte una hora a velar mi sueño? Pensaba hacer una siesta y últimamente duermo muy mal. Mis aprendices ya se retiraron.

Yoshihide se sube a la mesa del rincón y se acuesta como si fuera un lecho. El leñador se arrodilla a su lado.

Luego de unos instantes comienza a escucharse una extraña música y una figura femenina surge de la penumbra, avanza hacia Yoshihide y se sube a la mesa sin hacer ningún ruido. Permanece de pie, observándolo. El leñador no parece verla.

YOSHIHIDE

(estremeciéndose en sueños, con los ojos cerrados)

¿Tú otra vez? ¡Déjame descansar!

FIGURA

Presta atención. La luz es oscura, las tinieblas luminosas...

YOSHIHIDE

¡Vete por donde viniste! Ya me volvías loco cuando estabas viva... no quiero seguir viéndote después de muerta.

FIGURA

Volveré hasta que cures tu arrogancia.

Una segunda figura femenina vestida con una larga túnica celeste aparece en la penumbra y permanece quieta, de espaldas, sin dejar ver su rostro. Su oscura cabellera está suelta y cae en gruesos mechones sobre su espalda.

YOSHIHIDE

¡Patrañas! ¿Quién está contigo?
(señalando a la figura de blanco)

¿Quién es ella?

FIGURA

¿No lo sabes? Grandes tormentos te esperan. El tiempo termina cuando comienza...

YOSHIHIDE

¡Desgraciada, siempre dices lo mismo! ¿No son capaces de hablar claro los muertos?

LEÑADOR

(intentando despertar a Yoshihide)

¡Señor Yoshihide, despierte! ¡Es solo un sueño!

YOSHIHIDE

*(sin despertarse, apretando sus ojos
cerrados y señalando a la otra figura)*

¡Dime quién es esa cobarde! ¿Otra muerta que te hiciste amiga en el infierno?

FIGURA

Aún no, pero si no quieres oírme, peor será tu suplicio.

YOSHIHIDE

Mi mayor suplicio fue soportarte como esposa. ¡Disuélvete que ya estoy viudo!

FIGURA

No volveré. Pero llegará el día que serás tú el que me llame.

YOSHIHIDE

¡Que te consuman las llamas! ¡Antes muerto que pensar en convocarte a tí!

Su cuerpo es presa de espasmos que lo sacuden de pies a cabeza.

¡No! ¡No debo morir! Si muero tendré que verte allá en el pozo sin fondo de los condenados. Porque sin duda me condenarán luego de muerto. ¡He blasfemado contra todos los dioses, los he pintado en posturas vulgares! ¡Me van a enviar al peor infierno...!

La dos figuras comienzan a alejarse y van desapareciendo en la oscuridad.

¿Qué?...¿Quién me espera?... ¿Veneno?... ¡Quiero verlo! ¿Quién es? Ah...

De pronto, tomando una gran bocanada de aire, despierta. Se sienta en la mesa, con los ojos desorbitados. La música se detiene.

(al leñador)

¿Qué haces, mirándome con cara de estúpido? ¡Fuera de aquí!

El leñador se apresura a salir. Yoshihide se levanta y observa las maderas. Sigue murmurando.

Desgraciada... ¿Quién te creerás para venir a amenazarme en mis sueños?

Unos segundos más tarde, entra una dama elegante. LLeva un espejo de mano.

SEÑORA DE HORIKAWA

Yoshihide, ¿Te encuentras a gusto aquí?

YOSHIHIDE

Si señora, pero preferiría hacer el trabajo en mi propio taller.

SEÑORA DE HORIKAWA

Este es ahora tu taller. Hasta que la pintura esté finalizada no deberías irte de palacio. Mi esposo insiste en que el trabajo esté listo para la Fiesta del Ciruelo. ¿Te han traído y la madera para el soporte?

YOSHIHIDE

(haciendo un esfuerzo por mostrarse cortés)

Sí señora. El leñador acaba de irse. Cuando tome las medidas exactas, me ayudará a cortarlo. Se ofreció a pulirlas con aceite de nuez.

SEÑORA DE HORIKAWA

Bien. Eso aumentará su valor... y tu paga.

YOSHIHIDE

Gracias por hospedarme aquí. Y a mi hija.

SEÑORA DE HORIKAWA

Quisiera que tu hija siguiera a nuestro servicio. Se ha convertido en la sirvienta preferida de mi esposo. Dicen que tiene dotes de médium. Oí decir que el espíritu de Takehiro habló por su boca frente a los jueces que condenaron al bandolero Tajomaru en el otoño pasado.

YOSHIHIDE

Así es, pero yo de eso no creo una palabra. Sólo creo y pinto lo que ven mis ojos.

SEÑORA DE HORIKAWA

Entiendo que sólo te agradan las cosas feas, ¿no es así?

YOSHIHIDE

Exactamente. La belleza de lo feo es lo que no pueden comprender los pintores ordinarios.

SEÑORA DE HORIKAWA

Entonces no habrás tenido problemas con pintar los tormentos del infierno. Sin embargo pareces contrariado.

YOSHIHIDE

La pintura está casi terminada porque en mi larga vida he visto casi todos los atroces padecimientos y suplicios humanos. He visto hombres atados con cadenas, picoteados por aves de rapaña, mujeres a quienes les arrancaron los cabellos, pechos y vientres atravesados por espadas, niños cayendo al abismo, condenados azotados con látigos de hierro o aplastados por enormes piedras. Y lo que no he visto despierto lo he visto en mis sueños...

(interrumpiéndose, contrariado)

Pero hay algo que no puedo pintar.

SEÑORA DE HORIKAWA

¿Qué dices? ¿Cómo que no puedes? ¿Por qué no puedes?

YOSHIHIDE

Porque hay algo que nunca he visto ni soñado.

SEÑORA DE HORIKAWA

¿Y qué es?

YOSHIHIDE

El suplicio por envenenamiento. Nunca lo he visto. ¡Ardo en deseos de ver algo así! Me doy cuenta que si no lo veo no podré terminar la pintura. Y aunque llegase a terminarla, sería una pintura mediocre, lo que significa que no puedo hacerlo. Pasé noches enteras de insomnio tratando de resolver el problema. Pensé en envenenarme y o mismo frente a un espejo. ¡Sería capaz de todo con tal de terminar mi magnífica obra! Pero el riesgo sería muy grande. Y me sería imposible pintar mi propia muerte.

SEÑORA DE HORIKAWA

(reflexionando, con enigmática mirada)

No te aflijas más. Serás complacido en tu deseo. Arreglaré todo para que puedas pintar lo que te falta. ¿Puedo ver lo que ya llevas hecho?

YOSHIHIDE

De ningún modo. Sólo permitiré que lo vean cuando esté completamente terminado.

SEÑORA DE HORIKAWA

Está bien. Me apresuraré para que puedas hacerlo.

YOSHIHIDE

Gracias, señora. Gracias... gracias...

Música. La Señora de Horikawa se retira con pasos lentos. El Otro, fascinado, la sigue. Yoshihide queda en el centro de la escena, meditando su suerte. Unos instantes más tarde, sale.

5.

RYUNOSUKE INTENTA VOMITAR

Ryunosuke parece sentirse mal, deja el cuaderno sobre el escritorio y se inclina sobre una palangana de loza en el suelo. Está intentando vomitar.

ÉSTE

(entrando presuroso al escuchar los ruidos)

Sr. Akutagawa ¿qué le pasa?

RYUNOSUKE

Intento vomitarlas, pero no puedo.

ÉSTE

¿Qué es lo que quiere vomitar?

RYUNOSUKE

Las píldoras de Veronal. Me tomé quince. Con un poco de Whisky. Creí que estaba listo para morirme. ¡Pero no estoy listo!

(mirando al público como si recién se diera cuenta de su presencia)

¿Qué hace esa gente allí? ¿Qué miran? ¿Por qué los hicieron venir? ¡Llévate a esa gente!

¿Qué? ¿Crees que no sé que estoy muerto? ¡Ya lo sé!

Pero igual quiero vomitar las píldoras. Quiero sacarlas de mi cuerpo. Si puedo hablar y moverme, tengo que poder expulsar estas malditas píldoras.

Se va protestando con angustia, perdiéndose de vista en la oscuridad. Sus protestas se siguen escuchando desde lejos. Éste lo sigue.

6.

MASAGO Y SU MADRE RECIBEN A TAKEHIRO

Se ilumina otro rincón del hall del viejo hotel. Sobre dos pequeños taburetes de madera están sentadas dos mujeres tejiendo. Una es una mujer madura y la otra es muy joven. Ambas visten kimonos de colores claros.

MADRE

(interrumpiendo el tejido que tiene en sus manos)

Deja ya de tejer y prepárate. Es casi la hora.

MASAGO

¿Prepararme para qué? No vendrá nadie.

MADRE

Alguien puede llegar. Y si llega, esta es la hora establecida.

MASAGO

No llegará.

MADRE

¿Cómo lo sabes?

MASAGO

Nunca han llegado

MADRE

Eso no quiere decir que un día no llegue alguien. Al contrario, si aún no ha llegado nadie, cada día que pasa aumentan las probabilidades de que sí venga alguien.

MASAGO

(resignada)

Está bien, sólo por complacerte.

*(deja el tejido, toma un espejo y pinta sus
labios de rojo)*

MADRE

Lo haces por complacerme, como bien dices. Tú no crees.

MASAGO

Madre, perdóname, pero no lo creo. ¿Quién querrá subir esta montaña? El día que nuestro arriero envejezca y muera, también moriremos nosotras.

MADRE

No, tu podrás bajar. Pero antes, alguien vendrá.

MASAGO

¿Sin haber visto cuál va a ser su recompensa? No lo creo.

MADRE

El anuncio de que van a encontrar una mujer hermosa es suficiente.

MASAGO

Eso queda anulado por la obligación de casarse. ¿Y si después de tamaño sacrificio llega alguien y la mujer no resulta lo hermosa que esperaba?

MADRE

Resultará. Sólo confía en tu espejo.

MASAGO

(comenzando a peinarse furiosamente)

Madre, por favor. Abundan las muchachas bellas en el campo y la capital, sin que haya que subir ninguna montaña para conquistarlas.

MADRE

¿Cómo sabes si casi no has vivido fuera de aquí?

MASAGO

Nuestro arriero me ha contado.

MADRE

Aún no le crece la barba. No sabe nada. Yo sí que he visto el mundo y no quiero que termines tu vida como yo.

MASAGO

¿Cómo me describiste en el anuncio?

MADRE

Como eres.

MASAGO

Eso no atraerá a nadie. ¿En el anuncio mencionaste mi lunar?

MADRE

Claro que lo mencioné. Es tu principal belleza.

MASAGO

No llegará nadie.

Se oyen ruidos lejanos. Los ruidos se escuchan cada vez más cerca. Aparece la figura de un hombre en el otro extremo de la platea, detrás del público.

TAKEHIRO

Buenos días. ¿Es allí la casa de la honorable y bella Himeko y su pequeña hija Masago?

MADRE

(levantándose)

Sí, es aquí. Espera que voy a recibirte.

TAKEHIRO

No es necesario que se moleste, señora. En unos instantes, y antes de que la luna del atardecer siga girando en el cielo, estaré allí.

Las mujeres se miran, ansiosas. Masago sigue peinándose. La madre también se maquilla. Música. El hombre, con pasos artificiosos, llega hasta la zona de los taburetes y entra en el espacio de las dos mujeres.

TAKEHIRO

Buenos días.

MADRE

Buenos días. Pase a nuestra humilde morada.

TAKEHIRO

Es un honor para mí, hermosa y noble señora. He oído hablar de vuestra familia y la triste suerte que les hizo perder injustamente su patrimonio. Lamentado la muerte de vuestro honrado esposo, último varón de la línea de los Nakamura, que tan dignos servicios prestó a la casa imperial. Y esta joven debe ser...

MADRE

Masago, mi hija.

TAKEHIRO

Alabo su rostro, cada detalle...

Masago no contesta y se cubre con una mano el lunar, roja de vergüenza. La vieja hace que Masago se adelante a recibir al hombre.

MADRE

Agradecemos su cumplido. ¿Cuál es su nombre?

TAKEHIRO

Takehiro, hijo de Kasuo Kanazawa, de la provincia de Iga.

MADRE

Es un honor para nosotras.

TAKEHIRO

El honor es mío. Desde que vi el anuncio que dejó su sirviente al pie de la colina de Omoto no he deseado más que conocerlas. Pido disculpas por mi tardanza, hubiera llegado antes pero asuntos urgentes me requirieron en la capital.

MADRE

¿Desea un vaso de licor de sake? Tenemos en abundancia.

TAKEHIRO

Sólo agua, gracias.

MADRE

Aquí tiene.

La madre le extiende un vaso de agua. Takehiro toma el vaso y queda estático unos instantes. Entretanto, Masago increpa a su madre.

MASAGO

Madre, no es de mi agrado. Es un hombre arrogante. Y parece codicioso.

MADRE

Es justo lo que necesitas. Su familia es importante. Además, solo ha pedido agua.

MASAGO

Por eso mismo. Disimula su codicia. Lo veo en sus ojos.

MADRE

Sea como sea ha llegado hasta aquí. Por lo tanto te casarás con él.

MASAGO

(desesperada)

No voy a amarlo.

MADRE

Eso no importa. Parece un hombre fuerte. Con él, ni siquiera necesitarás quedarte en esta dura tierra. Podrás irte de aquí y tener una nueva vida antes de que yo muera.

Takehiro descongela su gesto.

TAKEHIRO

Exquisita estaba el agua. Gracias por su hospitalidad. En cuanto a la boda...

MADRE

Podrá celebrarse en el próximo mes de Sangatsu, si su familia está de acuerdo. Si lo desea puede permanecer esta noche en el cuarto de huéspedes.

MASAGO

Madre...

MADRE

A menos que sus padres deseen que se celebre antes...

TAKEHIRO

No. En la primera celebración de sangatsu estará bien. Dormiré con gusto en el aposento que me indiquen y temprano partiré para organizar los preparativos. Si me permiten, me retiraré a descansar.

MADRE

(suspica)

¿Le ha agotado subir la montaña?

TAKEHIRO

De ningún modo. Siempre me retiro a descansar temprano. Es costumbre de funcionario con muchas responsabilidades.

(mirando a Masago)

Pero antes de retirarme, si no es mucho pedir... una palabra de mi bella prometida...

MASAGO

Buenas noches.

TAKEHIRO

Dos palabras. Me siento afortunado.

Los personajes quedan estáticos. Se atenúa la luz.

7.

EL DESTINO DE YOSHIHIDE

Cuando se vuelve a iluminar el hall del hotel, una figura femenina, en la misma postura de espaldas y con la misma túnica blanca que tenía la segunda figura del sueño de Yoshihide, está subida a un bajo pedestal cerca del escritorio. Entra la Señora de Horikawa y hace una seña a una sirvienta que llega con una bandeja. Sobre la bandeja hay una copa de cristal repleta de un turbio líquido gris. La sirvienta se acerca a la figura del pedestal y le extiende la copa. La figura, apenas sin volverse, extiende una mano, toma la copa y bebe todo su contenido.

SEÑORA DE HORIKAWA

(dirigiéndose a la sirvienta)

Pueden traer a Yoshihide.

La sirvienta se apresura a retirarse con la bandeja y la copa vacía. Un instante después, entra el pintor con unos rollos de papel de arroz, pinceles y una tabla.

SEÑORA DE HARIKAWA

Yoshihide, he dispuesto todo para que hagas honor a tu arte inigualable.

(señala a la figura de espaldas sobre el pedestal)

Para que hagas los primeros bocetos de la imagen que le falta a tu obra.

YOSHIHIDE

(sorprendido y haciendo una reverencia)

Gracias Señora. No la defraudaré.

(retrocediendo inquieto al ver a la figura)

Juraría que ya la he visto...¿Podré pedirle que gire un poco su rostro para copiar mejor su expresión?

SEÑORA DE HARIKAWA

Aún no. Tú comienza a pintar lo que ves.

Yoshihide, obediente, extiende la pequeña tabla y empieza a dibujar a la figura de pie. Instantes después la figura, presa de un espasmo, arquea su espalda y tuerce una de sus manos.

YOSHIHIDE

(entusiasmado)

¡Esa postura es magnífica! ¡Haré otro boceto de ella!

Toma otro papel y copia con rápidos trazos la actitud de la figura. Unos segundos más y la figura, siempre de espaldas al pintor, cae de rodillas. Su cabeza desaparece entre sus hombros llenos de tensión. Yoshihide dibuja febrilmente.

YOSHIHIDE

¡Fantástica!

De pronto, la figura emite unos extraños quejidos y tomándose el vientre con ambas manos, comienza a girar el torso hacia Yoshihide, que lanza un espantoso grito y queda paralizado.

YOSHIHIDE

¡Tamiko! ¡Mi hija!

Da un paso hacia la muchacha pero se detiene de pronto. Su mirada adquiere un destello de locura, y el pincel, que había quedado suspendido en el aire unos segundos, retoma su recorrido hacia el pergamino. Yoshihide, con una mezcla de aullidos angustiosos y ansiedad febril, sigue copiando lo que ve. La muchacha extiende la mano hacia él, lo mira con pena y luego comienza a agitarse con espantosas convulsiones. Yoshihide mira aterrado a la Señora de Horikawa.

SEÑORA DE HARIKAWA

(lanzando una carcajada siniestra)

¡Apresúrate! No desperdicies estos preciosos momentos. No durará mucho.

YOSHIHIDE

(aferrando la tabla y el pincel con desesperación mientras sigue pintando)

¡Mi hija! ¡Mi hija!

La boca de la joven se deforma en una mueca espantosa y empieza a chorrear un líquido negro.

SEÑORA DE HARIKAWA

¡Maravilloso! ¡No pierdas esta imagen! ¡Demuestra tu genio!

Yoshihide respira con dificultad, llora con gritos desgarradores a la vez que mira arrobado la agonía de su hija mientras sus pinceles trabajan sin descanso. La joven se derrumba por completo y yace en el suelo con la boca y los ojos abiertos.

SEÑORA DE HARIKAWA

¡Exquisita! Observa desde distintos ángulos. Ya no se moverá más. Era la preferida de mi esposo ¡qué pena! Pero bien valió el sacrificio para lograr una obra de arte.

YOSHIHIDE

(dando vueltas en torno a la joven con expresión alienada mientras sigue copiando lo que ve)

Será sublime. Sí, será el infierno más realista jamás pintado... Todo lo que han visto mis ojos...

Música. La Señora de Horikawa se contonea satisfecha y el pintor sigue dando vueltas interminables alrededor de la muerta.

EL OTRO

(entrando y dirigiéndose al público)

Un mes después, la pintura estuvo terminada y mereció los más altos elogios de la corte. A la noche siguiente de entregar su trabajo, Yoshihide dejó de pertenecer a este mundo. Se suicidó en su propia habitación, ahorcándose con una cuerda. El cuerpo fue sepultado en los fondos de su casa. De la pequeña tumba, azotada por el viento y las lluvias, queda una lápida borrosa sobre las piedras cubiertas de musgo.

Se va lentamente la luz.

8.

RYUNOSUKE INTENTA TRABAJAR Y DORMIR

Al volver a iluminarse el hall, El Otro está solo, de pie. Sigue sosteniendo la tinaja de agua y la toalla.

Parece no saber qué hacer. El leñador pasa cargando troncos como si estuviera atravesando un bosque y desaparece. Entra Ryunosuke, se acerca al escritorio y se sienta. Abre el cuaderno.

RYUNOSUKE

(dirigiéndose a El Otro)

Creo que es llegado el momento de escribir el relato de ustedes dos. Esta noche voy a concentrarme en eso... Quiero estar solo.

El Otro lo mira un poco desconcertado y sale. Una veladora apoyada en el escritorio ilumina débilmente la cara de Ryunosuke y algunos papeles, libros y un tintero. Abre el cuaderno, moja la pluma en el tintero y comienza a escribir. Unos instantes más tarde, entra Éste.

ÉSTE

Con su permiso, Sr. Akutagawa. El sirviente y la vieja...

Ryunosuke lo interrumpe con un gesto, levanta la vista y mira al público, su boca se tuerce en una especie de sonrisa forzada y le hace señas a Éste de que se acerque. Le habla en todo confidencial.

RYUNOSUKE

En vez de interrumpirme a cada rato, ¿por qué no se llevan a los turistas de aquí? ¿hasta cuándo van a quedarse? Me ponen nervioso.

ÉSTE

(muy contrariado)

Disculpe Sr. Akutagawa, como falta que vean el relato del sirviente y la vieja pensé que...

RYUNOSUKE

No me llames Señor. ¡Pensaste!

(levantándose y acercándose al público)

No puedo negar que la presencia de Ustedes me alivia un poco de la soledad. Éste y El Otro no tienen vida propia y los otros personajes ni parecen darse cuenta de que existo. Tal vez sea mejor así, para que no se distraigan de lo que tienen que hacer. Uno sabe todo - o cree saber todo- de sus personajes, pero ellos no saben nada de uno.

Pueden estar miles de años sin conocer a su autor...

*(interrumpiéndose de pronto y mirando a
Éste)*

Tú quién eras, ¿Éste o El Otro?

ÉSTE

Éste, Sr. Akutagawa.

RYUNOSUKE

Menos mal. Puedes dejarme solo con ellos.

Éste sale. Ryunosuke vuelve al escritorio. Intenta escribir. La pluma rasga el papel. Luego arruga el papel y lo aparta. Mira al público.

RYUNOSUKE

Tengo que conseguir otra pluma. Este hotel es terrible. Era... terrible. Ahora y a no es ni hotel. ¿Dónde se vió un hotel con un solo huésped? Esta noche no hay suerte. Volvió el insomnio. Ví de nuevo los engranajes y tomé tres decigramos de Veronal. En momentos parecidos a este, cuando me sentaba entre estas mismas paredes y la pluma corría sobre el papel, sentía una alegría salvaje y me convencía de que y a nada tenía en este mundo, ni padres, ni mujer, ni hijos, sólo la escritura. Mi mujer, mis hijos, mi cuñado.. la rutina sin sorpresas de la vida moderna. El mundo en el que vivimos ahora es un mundo de enfermedades nerviosas, lúcido y frío. En cambio la vida en el antiguo Japón sí que era una aventura, corría la sangre y el semen, el honor y el duelo tenían sentido, ¡hasta los dioses eran más inteligentes!

Tengo que terminar mi novela. Si tengo suficiente fuerza de voluntad, si respiro pausadamente, mi visión se vuelve nítida por un momento y puedo pensar... o sea que puedo lograrlo. Dejar mi manuscrito terminado sobre este escritorio... y alguien va a encontrarlo y lo publicarán. ¡La obra póstuma de Akutagawa, un revuelo del mundo editorial! No van a olvidarse de mí. Creerán que la escribí poco antes de... o sea... a la edad de treinta y cinco. Pero en realidad será la obra de un hombre de cientoveinte años.

(se pone de pie y se mira al espejo)

Mi segundo yo, mi doble, eso que los alemanes llaman Doppelgänger. Felizmente nunca lo ví. Pero una vez la esposa de un amigo había visto mi doppelgänger en un pasillo del Teatro Imperial. “*Tiene que disculparme, me dijo, pero la otra noche no pude saludarlo en el teatro*”. Existe la posibilidad de que la muerte le llegue antes a mi doppelgänger que a mí, pensé en ese momento. Pero creo que me llegó primero a mí. Ya me ven, aquí solo desde hace... tanto. Lo que han visto y verán me pertenece, yo los he creado y son tan ilusorios como la felicidad. ¿Pero quién puede negarles a mis personajes su propio realismo y belleza? ¿Qué mujer, joven o vieja, no ardería de pasión al imaginar cerca suyo el aliento del bandido Tajomaru? ¿Quién no despreciaría a Takehiro por pusilánime, a pesar de salir de un cuento? ¿Qué varón no hubiera querido tener entre sus brazos a la hermosa médium o a la insolente y audaz Masago?

Yo les dí vida y sin embargo me siento maldito. Pero, ¿qué artista no se ha sentido así? Los grandes poetas isabelinos, todos ellos, fueron desdichados. ¡Incluso Ben Johnson, que sufría tales crisis nerviosas que llegó a ver en la punta del pulgar de su pie las guerras de Roma y Cartago!

Hace una pausa, se mira el zapato, se lo quita, se quita la media y se mira el pie desnudo.

Un anciano me dijo un día que lo único importante era creer en Dios. *Puedo creer en el demonio*, le contesté. *Entonces, ¿por qué no en Dios?*, me dijo. *Si cree en la sombra, por fuerza tiene que creer en la luz. Pero también existe una sombra sin luz*, le grité.

Se agarra la cabeza.

Los engranajes otra vez. Es increíble que los siga viendo, aún ahora. Son semitransparentes y giran a velocidad vertiginosa. Me dificultan la visión. Luego de un rato desaparecen y me viene un terrible dolor de cabeza. El oculista me decía que era una ilusión óptica y me aconsejaba que fumara menos.

Ríe con amargura. Entra El Otro muy agitado. De afuera llegan ruidos de entrechocar de espadas.

EL OTRO

Maestro...

RYUNOSUKE

(sin hacer caso)

Los animales humanos tenemos un miedo animal a la muerte.

EL OTRO

Maestro quería decirle...

RYUNOSUKE

Recuerdo aquel atardecer frente a este mismo espejo cuando me maquillé por primera vez la cara de blanco. Kawabata estaba por venir a buscarme. Faltaban unos pocos días para consumir mi plan pero quería aparecer pálido ante mis amigos para que fueran acostumbrándose a verme muerto.

Se interrumpe de pronto, siendo consciente de la presencia de El Otro.

¿Sigues ahí? ¿Qué pasa?

EL OTRO

Disculpe. Solo quería avisarle que Tajomaru y Takehiro se están trenzando de nuevo en el duelo.

RYUNOSUKE

¿Cuántos asaltos?

EL OTRO

Veintitrés, como siempre.

RYUNOSUKE

Déjalos que terminen.

EL OTRO

Pero vuelven a empezar.

RYUNOSUKE

¿Cómo que vuelven a empezar? ¡Takehiro tiene que caer muerto!

EL OTRO

Cae, pero enseguida se levanta y vuelven a empezar.

Ryunosuke se asoma por una de las puertas hacia la zona de donde proceden los ruidos. Siguen los ruidos de espadas y trepidaciones. Ryunosuke vuelve a entrar y se sienta con aire resignado.

RYUNOSUKE

Déjalos que sigan. Ya se van a cansar. Cierra la puerta.

EL OTRO

Disculpe la insolencia. Pero no sólo los del duelo. Otros están nerviosos. Se impacientan. Perciben que tienen espectadores esta noche y quieren mostrarse todo el tiempo. A Masago ya le sangra la cabeza de tanto peinarse.

RYUNOSUKE

¡Quítenle el peine!

EL OTRO

(aterrado)

¡No podemos! Usted mismo se pondría furioso si alteráramos el relato. Tendría que ir usted en persona.

RYUNOSUKE

(señalando al público)

¡Qué poco respeto! ¿Cómo quieren que les cuente mi vida a estos turistas en unos instantes?

EL OTRO

Tendrá que sintetizar.

RYUNOSUKE

Sintetizar. ¡Ah! Por suerte no fue tan larga. ¿Qué pasaría si hubiera muerto a los noventa?
(señalando nuevamente al público)

Todavía no vieron al sirviente y la vieja.

EL OTRO

Aún no.

RYUNOSUKE

Ése es bueno. *Rashomon*. Es uno de mis preferidos.

EL OTRO

Mío también, Maestro. Iré a ver qué pasa ahora. Ya no los oigo.

El Otro sale. Ryunosuke vuelve a dirigirse al público.

RYUNOSUKE

Rashomon es bueno. Pero *En el bosque* es el mejor de todos. Habla de la verdad. ¿Hay algo más elusivo y engañoso que la verdad que dice tener cada ser humano? Pero no sé por qué no logro recordarlo tal cual era. Tendría que volver a leerlo...

Se oyen ruidos de gritos lejanos.

“¡Contesta, vieja infeliz! Te voy a atravesar como a un pescado.”

“¿Qué te importa maldito? ¡Métete en tus asuntos!”

Ryunosuke, tratando de ignorar los gritos toma un libro del escritorio e intenta abrirlo pero no lo consigue. Las páginas parecen estar pegadas. Luego de intentos desesperados por abrir el libro, lo deja.

Creo que esta noche no voy a poder. Me falta concentración. Pero lo más importante es que tengo que terminar mi novela. Y hacer algo con los mellizos. Si no lo hago van a seguir fastidiándome. Para empezar, tengo que ponerles nombre. Ya ni me acuerdo cuándo aparecieron. Siempre me sentí mejor aquí que en casa. Mi robusto cuñado siempre despreció mi físico, exageradamente magro ¡si me viera ahora! y proclamaba en público que mis obras eran inmorales. Quizá tuviera razón. Nunca tuve conciencia artística ni de ninguna otra especie. Lo único que poseo son mis nervios.

Saca un frasco del cajón del escritorio y lo destapa.

Ocho decigramos de Veronal y voy a poder dormirme.

Da vuelta el frasco y comprueba que está vacío. Lo vuelve a guardar con fastidio. Se aleja del escritorio y se sienta sobre la alfombra, se quita el otro zapato y se acuesta boca arriba.

No importa. Igual dormiré.

Un instante de silencio. Ryunosuke cierra los ojos y respira profundamente. En ese momento entra un hombre vestido de sirviente de samurai arrastrando a una mujer vieja y harapienta a la que está tratando de estrangular. De pronto la vieja se suelta. Corren dando alaridos por todo el hall y se trepan a los muebles, ignorando la presencia de Ryunosuke.

SIRVIENTE

¡Contesta, vieja infeliz! Te voy a atravesar como a un pescado.

VIEJA

¿Qué te importa maldito? ¡Métete en tus asuntos!

La vieja salta desde un sillón con una agilidad sorprendente, se trepa al escritorio y dando otro salto fantástico cae al suelo. El sirviente la persigue y la atrapa, agarrándola por el cuello. La vieja vuelve a escabullirse y los dos se pierden de vista en medio de jadeos y gritos cada vez más lejanos. Ryunosuke se incorpora, tratando de recuperarse.

RYUNOSUKE

Tengo que dormir un momento. ¿Nadie se da cuenta que necesito dormir?

Entra Éste.

ÉSTE

Disculpe, Sr. Akutagawa, descanse.

Se va y cierra la puerta.

RYUNOSUKE

¡Son tan frágiles! Y empecinados. ¿Qué he hecho? Condené a mis personajes a sufrir una y otra vez. Primero los petrifiqué en el papel, y ahora esto. Condenados a hacer siempre lo mismo. Hay días en que repiten lo mismo docenas de veces. Y lo peor de todo...

¡a algunos solo les dediqué un párrafo! ¡desgraciado personaje de un sólo párrafo! ¿adónde queda el resto de tu historia?

Se retuerce las manos con angustia.

Tengo que poder imaginar la juventud de la suegra de Takehiro. Alguna vez fue joven. Tengo que mostrar la muerte de Tajomaru. No puede librarse de la muerte, es su destino, pero se merece una muerte magnífica. Y Masago tiene que volver a casarse. Takehiro que se quede donde está, por ambicioso. Y al policía hay que matarlo, por soplón... El monje... el monje... no sé... pero lo peor son los mellizos... están sin relato. Tengo que hacerles un relato para que dejen de rondarme todo el tiempo... un relato que transcurra en la cocina, y que no puedan salir de ahí... eso... la cocina del fondo... el argumento puede ser que no puedan salir... pero hay que encontrar un motivo atrapante por el cual no puedan salir...

Comienza a adormecerse. Entra el sirviente, recorriendo el lugar y temblando de frío. Detrás entra El Otro andando despacio para no hacer ruido.

9.

EL SIRVIENTE Y LA VIEJA

Se escucha ruido de lluvia.

EL OTRO

(al público)

Un pobre hombre a quien su amo había despedido, esperaba al pie de la ruinosa Rashomon, antes majestuosa puerta de entrada a Kioto, a que cesara la lluvia. Estaba oscureciendo y hacía frío. El hombre había sido muchos años el sirviente de un respetable samurai, pero los tiempos eran duros y éste no había tenido más remedio que despedirlo.

SIRVIENTE

(hablando consigo mismo)

Si no hago algo pronto sin duda me moriré de hambre en medio del camino o en alguna zanja; y luego me traerían aquí, a esa torre en lo alto de la muralla, dejándome tirado como a un perro junto a los otros cadáveres.

Comienza a andar lentamente en círculos.

Ni siquiera una madriguera de zorro queda entre estas ruinas. Este camino parece conducir a la torre. Allí en la torre podré pasar la noche al abrigo de la lluvia y el viento y nadie podrá molestarme, excepto los muertos. ¿Pero acaso ya no parezco, con mi aspecto miserable, uno más de ellos? ¿Pero qué es eso? Una luz oscila de un modo espectral en el techo cubierto de telarañas... No esperaba encontrar a nadie... por lo menos a nadie vivo. ¿quién podría encender una luz en medio de una noche como ésta?

El sirviente se arrastra por el suelo y observa cautelosamente alrededor. De pronto ve a una vieja escuálida que entra arrastrándose con mechones de cabellos en las manos. El sirviente se planta ante la vieja de un salto. Ésta retrocede aterrada.

SIRVIENTE

(cerrándole el paso mientras ella intenta huir)

¿Adónde vas, vieja infeliz?

La vieja lo mira con ojos desorbitados. El sirviente la persigue. Ambos, chillando y gruñendo, repiten la misma escena que se vio instantes antes.

SIRVIENTE

¡Contesta, vieja infeliz! Te voy a atravesar como a un pescado.

VIEJA

¿Qué te importa maldito? ¡Métete en tus asuntos!

El sirviente la alcanza y la agarra del flaco pescuezo. Ryunosuke se despierta sobresaltado y se incorpora con el pelo revuelto.

RYUNOSUKE

¿Por qué no me dejan dormir?

EL OTRO

¡Maestro, no interrumpa!

RYUNOSUKE

¡Silencio! Tengo que parar esto. Si no duermo me volveré loco. ¡Basta, tienen que parar!

¿Me escuchan? ¡Vas a matarla! ¡Deténganse! ¡Basta!

El sirviente y la vieja siguen como si Ryunosuke no estuviera presente. El sirviente arroja de nuevo al suelo a la vieja de una patada y vuelve a agarrarla por el cuello y la sacude en el aire.

RYUNOSUKE

¡Basta! ¡No lo soporto más!

De pronto los personajes se detienen como si hubieran quedado congelados. Luego, lentamente, vuelven la cabeza hacia Ryunosuke, que queda paralizado. Los tres se miran en silencio.

RYUNOSUKE

¿Pueden... oírme?

SIRVIENTE

(Soltando a la vieja y acercándose amenazante a Ryunosuke)

Tus gritos deben de oírse del otro lado de la montaña. ¿Quién eres?

RYUNOSUKE

(Retrocediendo asustado)

Nadie.

VIEJA

¿Cómo nadie? Menos las bolsas de gusanos de esta muralla, aquí todos somos alguien.

¿Quién eres tú atrevido que vienes a meterte donde no te llaman?

RYUNOSUKE

No querrán saberlo.

SIRVIENTE

(Colocando la punta de su espada en la garganta de Ryunosuke)

¡Yo sí quiero saberlo!

RYUNOSUKE

Es peligroso que lo sepas. Ya me voy. Olvídense de mí. Apíadate de esa pobre vieja. Y hablen más bajo.

SIRVIENTE

¿Qué?

RYUNOSUKE

Tengo que dormir un poco.

SIRVIENTE

(Agarrando a Ryunosuke de la solapa de su traje raído y atrayéndolo hacia sí)

A mí nadie me da órdenes. No eres mi amo. ¿De dónde sacaste este atuendo ridículo?

VIEJA

¡Déjalo! Mira como está. Parece un alma en pena... ¿No serás un espíritu maligno que vienes a castigarme verdad? ¡Juro que lo hago para sobrevivir!

RYUNOSUKE

No, no voy a castigarte.

VIEJA

(cada vez más asustada)

Entonces viniste a castigarlo a él. ¡Eres un espíritu vengador del infierno! Estás terriblemente pálido, tus ojos se salen de las órbitas. ¡Puedo ver a través de tí!

SIRVIENTE

(Sacudiendo el cuerpo de Ryunosuke)

Es muy liviano...

RYUNOSUKE

*(hablando con exagerada voz fantasmal,
aprovechando que el sirviente comienza a
asustarse)*

¡Suéltame!

El sirviente lo suelta, impresionado.

RYUNOSUKE

Diez minutos. Me van a dejar dormir aunque sea diez minutos.

Comienza a alejarse.

SIRVIENTE

¿Adónde vas, Espíritu?

RYUNOSUKE

A la cama... acá al lado. Estaré más cómodo que en la alfombra, me parece... ¡Y no quiero verlos entrar a mi habitación!

SIRVIENTE

(Recobrando el valor)

¿Tienes cama? ¿Dónde hay una cama en esta muralla ruinoso? ¡Yo quiero cama! ¡Y comida!

RYUNOSUKE

¡No tengo comida! No necesito comida. Y tú tampoco.

Sale.

VIEJA

(al sirviente)

¡Estúpido, los espíritus no comen!

SIRVIENTE

*(Regresando adonde está la vieja y
apretándole de nuevo la garganta)*

¡Vieja infeliz! ¡Te voy a hacer tragar tu insulto! Ahora me vas a decir qué hacías...

VIEJA

¡Sh! Nos pidió que habláramos bajo...

SIRVIENTE

(bajando la voz)

Ahora me vas a decir qué hacías saliendo de la muralla con esos mechones de pelo...

VIEJA

Yo, sacaba los cabellos... para hacer pelucas...

Ante la mirada de repugnancia del sirviente recoge del suelo los largos cabellos que había arrancado.

Arrancarle los cabellos a los muertos puede parecerle horrible, pero no tengo otro remedio, si quiero seguir viviendo. La mujer a quien le saqué estos hermosos cabellos negros, acostumbraba vender carne de víbora desecada en la Barraca de los Guardianes, haciéndola pasar por pescado. Los guardianes decían que no conocían pescado más delicioso. No digo que eso estuviese mal pues de otro modo se hubiera muerto de hambre. ¿Qué otra cosa podía hacer? De igual modo podría justificar lo que yo hago ahora. Si ella llegara a saber lo que le hice posiblemente me perdonaría.

SIRVIENTE

¿Estás segura de lo que dices? Entonces, no me guardarás rencor si te robo, ¿verdad? Si no lo hago, también yo me moriré de hambre.

Seguidamente, despoja a la vieja de su larga y sucia capa y el kimono, y dejándola apenas cubierta con unos jirones harapientos, la tira al suelo de un puntapié. Mientras ella gruñe y gime, el sirviente se va corriendo.

EL OTRO

(al público)

Un momento después la vieja se arrastrará hasta la escalera de la torre y asomará la cabeza al oscuro vacío. Abajo, sólo verá la noche negra y muda. Y el sirviente seguirá vagando hasta encontrarse con el leñador, y a lo verán.

Suena una música de tonos graves. La vieja, con un mechón de cabellos en cada mano, se arrastra hacia el fondo de la habitación y desaparece. El sirviente se aleja en sentido opuesto, perdiéndose en las sombras.

10.

NATSUMI ENAMORADA

Una hermosa joven, que reconocemos como Natsumi, la bella ama peregrina del Templo Toribe, se encuentra de pie en el fondo de uno de los corredores de la platea, cerca del público. Apenas iluminada, se ve su semblante solitario y angustiado. Sostiene una daga corta contra su garganta y tiene los pies y rodillas amordazados.

NATSUMI

Tajomaru que nunca me quisiste, si por lo menos te hubiera abrazado una vez, y a que era mi destino morir de todos modos... Ahora ya no seré de nadie, mi carne se secará y volverá a la tierra antes de tiempo. Una flor que cae antes de abrirse... tal vez sea más hermosa que otra que resplandece todavía en la rama. De todos modos la belleza es transitoria y todo se marchita...

Sé que debería hacerlo en mi propia casa, como es la costumbre, cuando no hubiera nadie, arrodillada mirando hacia la puerta de entrada. Así, cuando mi cuerpo cayera, parecería estar en graciosa actitud de recibir a los visitantes.

Pero no me atrevo a volver. Debo hacerlo aquí, en el suelo de este templo, que recibirá mi sangre espesa por el dolor y el amor sin retorno.

(mira ansiosa sus rodillas atadas)

Ni siquiera puedo hincarme, mis rodillas estás hinchadas. Pero no me importa, le he pedido a mi criada que las atara, apretándolas sin piedad, con todas sus fuerzas. Ligar los tobillos no es suficiente. Cuando muera, debo caer dignamente, con las piernas tan cerradas que cuando se vuelvan rígidas nunca más vuelvan a separarse. Mi cuerpo empezará a pudrirse y la carne de mis muslos se unirá en una sola pierna, mis tendones como plantas trepadoras y mis venas como zarzas espinosas pasarán de una pierna a otra, entrelazándose, y cerrarán para siempre el hueco oscuro que nunca penetró la espada fértil de Tajomaru.

Presiona la daga contra su garganta y un hilo de sangre comienza a deslizarse por la fina tela de su kimono. Cae de rodillas, con el cuerpo quebrado hacia un costado. El Otro se acerca lentamente, levanta a Natsumi, la toma en brazos y comienza a alejarse.

11.

RYUNOSUKE, ÉSTE Y EL OTRO

Ryunosuke se asoma desde una de las puertas que dan al hall.

RYUNOSUKE

(dirigiéndose a El Otro)

¡Esperen! ¿Adónde van? Me quedé dormido...

EL OTRO

(señalando a Natsumi)

Intentaré que descanse. Hoy ya se ha suicidado seis veces.

RYUNOSUKE

No puedes hacer nada. Así son las heroínas trágicas.

EL OTRO

Tiene que recuperarse para volver a vivir la escena del encuentro con el monje.

RYUNOSUKE

Es verdad. Llévala.

En ese momento se escucha un gemido ronco. El cuerpo de Natsumi comienza a agitarse en los brazos de El Otro. De pronto se suelta, intenta ponerse de pie, pero tropieza y cae al suelo.

NATSUMI

(mirando a El Otro con desconcierto)

¿Por qué tengo las piernas atadas? ¿Dónde está mi sirvienta?

EL OTRO

(tomándola en brazos nuevamente)

Te llevaré con ella.

NATSUMI

(con actitud absorta, dejándose llevar)

Somos dos peregrinas de la Provincia de Wakasa. Pertenezco a la casa de Taira. Mi nombre es Natsumi y viajo con mi criada. Nos dirigimos a las festividades del Templo Toribe...

El Otro se aleja hacia el fondo de la platea con Natsumi en brazos. Ryunosuke queda solo.

RYUNOSUKE

Me pregunto qué pasará cuando logre terminar lo que tengo que terminar. Me habré ido del todo y podré por fin descansar. Ah... la no existencia, el supremo descanso... No me importa disolverme para siempre, sólo lo lamento por ellos. Quedarán en los libros... hasta que llegue el día en que el último lector los olvide...

Llega Éste, muy agitado.

ÉSTE

El leñador. Ya viene.

RYUNOSUKE

Esperen. Aún no.

ÉSTE

Ya se encontró con el sirviente.

RYUNOSUKE

Esperen. Estuve pensando. De ahora en adelante se llamarán de otra manera. Voy a ponerles un nombre.

EL OTRO
(*entrando de pronto*)

Un nombre... ¿a quién Maestro?

RYUNOSUKE

A tí. Y al otro. ¡Y no me llames Maestro!

EL OTRO

El Otro soy yo.

RYUNOSUKE

Me refiero al otro que está contigo. A ése. Tendrán otro nombre. Desde ahora tu serás...

ÉSTE

Yo no soy ése. Soy Éste.

RYUNOSUKE

¿Pueden dejar de contradecirme? A partir de ahora tendrán un nombre de verdad, una historia propia, y eso les permitirá ser otros.

ÉSTE

Perdón Sr. Akutagawa. ¿Usted quiere decir que ahora los dos seremos El Otro? ¿Cómo nos distinguirá?

RYUNOSUKE

¡Silencio de una vez! ¡No me dejan pensar! Vivirán en la cocina.... Podrán ir al jardín si quieren. Será la historia de los dos mucamos mellizos de este hotel. ¡Eso es! Ahora recuerdo, por eso están vestidos así. Yo ya había empezado a escribir eso... ¿antes o después de...? Tiene que haber sido antes... No importa. Hoy mismo, cuando se vayan los visitantes, voy a buscar dónde tengo los papeles... y voy a terminar de escribirles un relato solo para ustedes dos. Para ambos.

EL OTRO

Ese sería un buen nombre.

RYUNOSUKE

¿Cuál?

EL OTRO

Ambos.

RYUNOSUKE

Ese no es un nombre.

EL OTRO

Lo sé. Pero suena bien.

RYUNOSUKE

¿Ah sí? ¿Y cuál de los dos se llamaría Ambos?

EL OTRO

Yo, puesto que lo propuse.

RYUNOSUKE

No está mal para empezar, llamarse así solo uno de los dos...

ÉSTE

Señor, me gustaría, si me permite elegir, llamarme El Otro.

RYUNOSUKE

Eres más estúpido de lo que creía. Ese no es un nombre. ¿Y por qué quieres llamarte como él?

ÉSTE

Porque siento que Usted lo prefiere.

RYUNOSUKE

No es cierto. ¿De dónde sacaste ese disparate? Más bien al contrario...

EL OTRO

(ofendido)

Si es así le pido que me permita marcharme lejos de aquí.

RYUNOSUKE

Ah bueno. ¿Y a dónde piensas ir?

EL OTRO
(*repentinamente desconcertado*)

Iría... al altillo.

RYUNOSUKE

¡Excelente! No está mal para mi nueva historia. Espera que la termine y podrás irte.

EL OTRO

Gracias. ¿Y qué va a pasar con Éste, su preferido? ¿Se quedará con Usted?

RYUNOSUKE

¿Qué quisieras tú?

EL OTRO

Que no.

RYUNOSUKE

¡Perfecto! Irán los dos al altillo.

ÉSTE

Yo no quiero ir al altillo con El Otro.

EL OTRO

Ahora seré Ambos.

ÉSTE

¿Los dos? ¡No vas a decidir por mí!

EL OTRO

No dije eso.

RYUNOSUKE

¡Basta! Nadie tiene otro nombre hasta que yo decida.
(*a Éste*)

¿Dónde quieres estar?

ÉSTE

Lejos... en el sótano.

RYUNOSUKE

Podría ser una buena intriga.... Les adjudico los nombres y luego los ubico en los extremos...

EL OTRO

Maestro, el leñador y el sirviente tampoco tienen un nombre. La criada y el monje tampoco.

RYUNOSUKE

(aparte)

Voy a tener que apurarme a darles algo que hacer aparte de estar encima mío contradiciéndome.

(a Éste y El Otro)

Pero ellos tienen un propósito, un trabajo, algo que hace avanzar una historia. Ustedes no tienen nada pero ahora van a tenerlo.

ÉSTE

(señalando al público)

¿Quién va a recibir cuando vengan nuevos turistas?

RYUNOSUKE

Yo mismo. Y si los necesito los llamaré.

ÉSTE

Puede que estemos ocupados en nuestros asuntos y ya no lo oigamos, como los demás.

RYUNOSUKE

¡Precisamente! Podré estar más tranquilo.

ÉSTE

Ya no nos necesita...

RYUNOSUKE

No es eso ¿no lo entienden? No existen los personajes sin un propósito. Sin vida propia, como están ustedes, no pueden seguir. ¿no se dan cuenta que no tienen nada?

EL OTRO

No es cierto. Tenemos algo. Lo tenemos a Usted.

ÉSTE

Es verdad. Sería espantoso perderlo a Usted. Si nos escribe un relato estaremos atrapados en él, como los demás. No veremos nada más.

RYUNOSUKE

No me perderán. Siempre seré su autor.

ÉSTE

Pero nosotros no lo sabremos. Quizá nos olvidemos de usted. ¿Y con quién hablará Usted cuando esté triste?

RYUNOSUKE

No sé... Alguna vez tendré que irme yo también. Cuando termine todo lo que debo hacer. Por otra parte... ¿Dónde se ha visto que la vida de un personaje sólo sea estar con su autor?

EL OTRO

Ese podría ser nuestro propósito.

Se escuchan murmullos y ruidos de pasos acercándose.

RYUNOSUKE

Me pregunto en qué estaba pensando cuando los dejé inconclusos a ustedes dos.

12.

RELATO DEL LEÑADOR EN EL HALL DEL HOTEL

Entran el monje, el policía, la madre de Masago y Masago. Todos se colocan en cuclillas y tienen semblantes inexpresivos. Sus rostros blanquecinos, sin rasgos destacados, semejan máscaras distantes. Permanecen inmóviles al fondo de la escena, en la penumbra. Se oye ruido de lluvia. El sirviente y el leñador llegan presurosos, como si huyeran de una tormenta. Se sientan cerca del público y esperan. Sus caras curtidas por el sol contrastan con las de los demás personajes. El sirviente se cubre con la capa que le quitó a la vieja.

LEÑADOR

Esta lluvia no va a parar.

SIRVIENTE

Tal vez tengamos que quedarnos aquí durante horas.

LEÑADOR

Quisiera volver a la aldea cuanto antes.

SIRVIENTE

Tienes adónde ir. Tienes suerte.

LEÑADOR

¿De dónde eres?

SIRVIENTE

Ahora de ninguna parte. Mi amo me despidió hace días. Desde entonces estoy vagando por todas partes. Pero no me quejo, todo es preferible a estar como sirviente de ese maldito. Y aún tengo mi espada.

LEÑADOR

No son tiempos para andar a la deriva. ¿Sentiste hablar de lo que ocurrió con el famoso bandolero Tajomaru?

SIRVIENTE

No le tengo miedo. Bien poco podría sacarme a mí un ladrón. Y últimamente he visto cosas que harían palidecer al más fiero bandolero.

LEÑADOR

¿Qué has visto?

SIRVIENTE

Escucha: llegando yo hace cuatro noches al pie de la gran puerta de Rashomón para guarecerme del viento frío del oeste, ví una luz oscilante que venía de la torre más alta. Movidio por la curiosidad subí por las escaleras de piedra hacia la torre. Desde hace un tiempo los ladrones de caminos depositan cadáveres allí...

LEÑADOR

Había escuchado historias sobre eso, pero nunca los he visto.

SIRVIENTE

Escucha: cuando llegué hasta el último peldaño fui testigo de la escena más espeluznante que he visto. Entre los horrorosos cadáveres dispersos por el suelo, iluminados por la luz de una antorcha, se agitaba una anciana escuálida. Con una mano sostenía la cabeza de una mujer muerta y con la otra le arrancaba los largos y negros cabellos, que parecían desprenderse fácilmente. Esa vieja repugnante estaba robando cabellos a los muertos para hacer pelucas.

LEÑADOR

¿Y tú qué hiciste?

SIRVIENTE

(acariciando su capa con gesto malicioso)

Nada. Tuve que contenerme para no tomarla por su asqueroso cuello y estrangularla. Pero me fui sin ser visto.

RYUNOSUKE

(mirando al sirviente con expresión indignada)

¡No mientas! ¡Casi matas a la pobre vieja! ¡Y la dejaste desnuda!

Ni el sirviente ni el leñador parecen verlo ni oírlo.

LEÑADOR

(al sirviente)

Fuiste demasiado generoso. Debiste denunciarla a la policía. Los muertos merecen respeto. Pero escucha: mi historia es más extraña todavía.

SIRVIENTE

No lo creo. ¿Qué puede ser más terrible?

LEÑADOR

No dije terrible. Dije extraña. Escucha...

Hace siete días había ido yo al otro lado de la montaña a cortar abetos, y en el sendero de bambúes que lleva a un claro del bosque, descubrí un cadáver tendido de espaldas, de cara al cielo. Una herida de espada le atravesaba el corazón y las hojas de bambú que lo rodeaban estaban teñidas de rojo. Ví que los bordes de la herida estaban ya secos y un gran tábano estaba tan agarrado a ella que ni sintió mis pasos.

Tuve que ir a declarar ante el juez. Le dije que no había visto ninguna espada, pero sí una cuerda al pie de un abeto cerca del cadáver. Tampoco ví ningún caballo, porque es imposible que a esa espesura pueda llegar un caballo. El lugar está separado de la carretera por un bosque de bambúes.

SIRVIENTE

¿Y qué hiciste después?

LEÑADOR

Espera. Yo no fuí el único que tuvo que ir ante el juez. Un monje también estaba allí prestando declaración.

Suena una música evocadora y melancólica. El monje se pone de pie, se desplaza ceremoniosamente y trepa de un salto al escritorio de la recepción del hotel. El personaje parece haber tomado el escritorio como si fuera la tarima de los testigos. Mira hacia el frente y parece dirigirse a un juez imaginario.

MONJE

Puedo asegurarle, Señor Juez, que yo había visto ayer al que encontraron muerto hoy. Sí, fue hacia el mediodía, creo. El hombre marchaba en dirección a la capital, acompañado por una mujer montada a caballo. La mujer llevaba la cara cubierta con un velo. El caballo era un alazán de crines cortadas. ¿El hombre? Iba bien armado. Portaba sable, arco y flechas. Y una aljaba laqueada de negro donde llevaba una veintena de flechas. ¿Cómo podía adivinar yo el destino que le esperaba? En verdad la vida humana es como el rocío o como un relámpago... Lo lamento... no encuentro palabras para expresarlo...

Acerca su mano al borde externo de su ojo derecho y hace un gesto de arriba hacia abajo. A medida que la mano recorre su rostro va quedando dibujada una línea oscura sobre su rostro blanco. Semeja el recorrido de una lágrima negra que surcara su cara, dándole un aspecto triste. Se incorpora, saluda con respeto a la imaginaria audiencia y abandona el escritorio regresando con pasos leves al lugar que ocupaba en el comienzo.

LEÑADOR

Se encontraba en el juzgado también un policía...

El policía avanza con pasos que recuerdan un código militar.

POLICIA

¿El hombre al que arresté? Es el famoso bandolero llamado Tajomaru, sin duda. Cuando lo apresé estaba caído sobre el puente de Awataguchi, gimiendo. Parecía haber caído del caballo. ¿La hora? Fue ayer al caer la noche. La otra vez, cuando se me escapó por poco, llevaba puesto el mismo kimono azul y el mismo sable largo. Esta vez llevaba también arco y flechas. ¡Ah!.. ¿Cómo dice, Señor Juez? ¿Qué el arco y las flechas son iguales a los del muerto? Entonces no hay dudas. Tajomaru es el asesino. De todos los ladrones que rondan por los caminos de la capital, este Tajomaru es conocido como el más mujeriego. En el otoño del año pasado dos damas que iban en peregrinación al Templo Toribe llegaron al Templo de Kyoto pidiendo auxilio. Iban en harapos y cubiertas de heridas. Declararon que el atacante había sido Tajomaru. Y ahora, si es él el que mató a este hombre, es fácil suponer qué hizo con la mujer que venía con él a caballo.

SIRVIENTE

Supongo que después de estas declaraciones condenaron a Tajomaru.

LEÑADOR

Primero escucha lo que dijo la suegra del muerto. ¿Oyes sus lamentos?

Comienzan a oírse unos gemidos de mujer. Mientras el policía se retira y regresa a su sitio, la luz ilumina a la madre de Masago que se incorpora para hacer su declaración.

MADRE

Sí, Señor Juez, es el cadáver de mi yerno. Él no era de la capital; era funcionario del gobierno de la provincia de Wakasa. Se llamaba Takehiro Kanazawa. Tenía veintiséis años. No. Era un hombre de buen carácter, no podía tener enemigos.

¿Mi hija? Se llama Masago. Tiene diecinueve años. Es una muchacha valiente, tan intrépida como un hombre. No conoció a otro hombre que a Takehiro. Tiene cutis moreno y un lunar cerca del ojo izquierdo.

Mi yerno había partido ayer con mi hija hacia Wakasa. ¡Quién iba a imaginar que lo esperaba ese destino! Se lo suplica una pobre mujer, Señor Juez: investigue, se lo ruego. Ese bandolero... ¿Cómo se llama? ¡Tajomaru! ¡Lo odio! No solamente mató a mi yerno, sino que... lo que le hizo a mi hija...

Acerca las manos a su boca y siempre mirando hacia el frente, pinta sus labios blancos de color negro, acentuándolos en un rictus amargo. En tanto el monje, que parece escuchar piadosamente a la mujer, delinea otra línea vertical sobre su rostro, que parte del extremo externo de su otro ojo. Al mismo tiempo, el policía se pone de pie y dibuja sobre sus propias cejas unas líneas rojas acentuando la expresión de furor de todo su semblante. La mujer se incorpora y se retira hacia el lugar que ocupaba en el comienzo. Todos los personajes de rostros blancos parecen temblar a un tiempo y respiran con agitación.

MONJE

No hay que apresurarse... ¿Y si están condenando a un inocente?

POLICIA

No hay otro capaz de tal fechoría. Los días de Tajomaru están contados.

MADRE

Justicia, Señor Juez, justicia. Solo le pido justicia.

MONJE

La justicia se hará si sabemos escuchar con nuestros ojos y ver con nuestros oídos.

POLICIA

No hay tiempo para absurdas sentencias. Mientras deliberamos, Tajomaru planifica más crímenes.

MONJE

No hanches tu pecho tan rápido. El hombre injusto respira agitando su pecho; el hombre criterioso respira con su abdomen, pero sólo los sabios respiran con los pies.

Se vuelve a iluminar la zona donde están el leñador y el sirviente.

SIRVIENTE

Ah... si ese malviviente se hubiera topado conmigo... ¡buena lección le habría dado!

LEÑADOR

No alardees, que hasta ahora has tenido suerte. Puedo contarte, porque recuerdo cada palabra, lo que dijo ante el juez el propio ladrón Tajomaru. Luego de eso no creo que te queden ganas de enfrentarlo.

Arrastrado por un guardia entra a escena el robusto Tajomaru. Parece tener las manos atadas a la espalda. Con paso ágil se sube al escritorio. Lleva anchos pantalones y chaqueta abierta, de color azul. Se hinca con actitud arrogante y coloca sus manos, que parecen soltarse solas, sobre sus muslos.

TAJOMARU

Sí, yo maté a ese hombre. Ayer, pasado el mediodía, me crucé en mi camino con esa pareja. Una leve brisa levantó por un instante el velo de seda que cubría el rostro de la mujer. Me pareció tan hermosa como una diosa. Decidí apoderarme de esa mujer, aunque tuviese que matar a su acompañante.

Entretanto, Masago, apenas iluminada, dibuja sus pequeños labios blancuzcos con un lápiz rojo.

¿Qué? Yo solamente mato mediante el sable que llevo en mi cintura, mientras que vosotros matéis por medio del poder y del dinero. Me pregunto quién es más criminal. Pero mucho mejor me pareció intentar poseer a la mujer sin matar al hombre. Me las arreglé para llevar a la pareja a la montaña.

Haciéndome pasar por otro viajero, les conté que allá, en la montaña, había una vieja tumba, y que en ella yo había descubierto gran cantidad de espejos y de sables. Que los había enterrado en un bosque y que buscaba un comprador para ese tesoro, que ofrecía a bajo precio. ¡Es terrible la avaricia! Antes de media hora, la pareja había tomado conmigo el camino de la montaña. Cuando llegamos ante el bosque cercano, la mujer prefirió esperar montada en el caballo. De modo que penetré en el bosque seguido por el hombre. Al llegar a un pequeño claro, me lancé sobre él y lo derribé. Conseguí atarlo al pie de un abeto. Para impedirle gritar, tuve que llenarle la boca de hojas secas de bambú. Regresé en busca de la mujer y le dije que su marido se había indispuerto repentinamente. Se internó en el bosque tomada de mi mano. Pero cuando advirtió al hombre atado al pie del abeto, extrajo un puñal. Nunca vi una mujer tan intrépida. Pero por algo soy el famoso Tajomaru: conseguí desarmarla. Así, por fin, pude satisfacer mis deseos de poseerla. Obtuve de la mujer lo que quería sin cometer un asesinato.

El policía, desde su lugar contra el muro del fondo de la escena, sigue dibujando líneas rojas con expresión de ira sobre su frente y sus pómulos.

Ya estaba por abandonar el bosque cuando ella se arrojó a mis brazos como una loca, diciéndome que deseaba mi muerte o la de su marido, que no podía soportar la vergüenza de saber vivos a los dos hombres que la habían poseído, que eso era peor que la muerte. Y que ella se uniría al que sobreviviera. En aquel momento, sentí el violento deseo de matar a ese hombre.

Ustedes no vieron la cara de esa mujer y el fuego que brillaba en sus ojos cuando me lo suplicó. Cuando nuestras miradas se cruzaron, sentí el deseo de que fuera mi mujer, aunque el cielo me fulminara.

Desaté la cuerda que ataba a su marido y lo desafié. Hecho una furia, el hombre desenvainó su espada y se precipitó sobre mí. En el vigésimo tercer asalto mi espada le perforó el pecho. Sentí admiración por él, nadie me había resistido más de veinte asaltos. Luego me volví hacia la mujer... ¡Había desaparecido!

Apoderándome de las armas del muerto retomé el camino hacia la carretera. Antes de entrar en la capital vendí la espada robada. Tarde o temprano sería colgado, siempre lo supe. Condénenme a morir.

Con gestos precisos y rápidos Tajomaru traza dos gruesas líneas negras en su rostro, desde las comisuras de sus labios en vertical hacia abajo, con las dos manos a la vez. Esto le da un terrible aspecto de fiereza. A continuación abre los brazos en cruz y vuelve a unirlos ostensiblemente atrás de la espalda, dando la imagen de un hombre atado. Salta del escritorio y retrocede, sentándose de espaldas al público. Luz sobre el sirviente y el leñador.

SIRVIENTE

¡Ah... qué ligero es el corazón de las mujeres! ¡Más rápido que el rayo su pasión se apaga por el uno y se enciende hacia el otro!

LEÑADOR

Antes de hablar deberías saber lo que declaró la propia mujer del muerto ante el mismo juez.

SIRVIENTE

¿Y hemos de creerle? De mujeres yo conozco bastante y te digo que su lengua no es de fiar.

LEÑADOR

Puede que tengas razón. Quién sabe... pero escucha.

Masago se levanta y avanza con pasos delicados hacia la tarima de los declarantes. Trepa al escritorio como si creyera que es el sitio de los testigos. Al comenzar a hablar tapa su rostro con las manos. Y luego poco a poco va cobrando valor y su cuerpo adquiere cierto aire de virilidad.

MASAGO

Después de violarme, el hombre de la chaqueta azul miró burlonamente a mi esposo, que estaba atado al pie del árbol. Quise correr hacia él, pero el bandido me derribó de un puntapié. En ese instante, vi un extraño resplandor en los ojos de mi marido...

Cada vez que pienso en esa mirada, me estremezco. Imposibilitado de hablar, mi esposo expresaba por medio de sus ojos lo que sentía. Y esa mirada no era otra cosa que un frío desprecio hacia mí. Caí desvanecida.

Mientras Masago cuenta esto, una luz tenue ilumina a su madre, que comienza a dibujar sobre su propia cara dos líneas oscuras que parecen brotar del lagrimal de cada uno de sus ojos. El personaje del monje también recibe luz y puede verse como va agregando una a una líneas oscuras en su frente, como si fueran las arrugas de tristeza en la frente de un hombre viejo.

Cuando recuperé la conciencia, el bandido había desaparecido, y mi marido seguía atado al pie del abeto. Su expresión era la misma de antes: una mezcla de desprecio y de odio glacial. Me acerqué a él, diciéndole: *Takehiro, después de lo que he sufrido ya no podré seguir contigo. ¡No me queda otra cosa que matarme aquí mismo! ¡Pero también exijo tu muerte! ¡Has sido testigo de mi vergüenza!*

Encontré cerca mi puñal. Lo tomé, y levantándolo sobre Takehiro, repetí: *Te pido tu vida. Yo te seguiré.* Semiconsciente, hundí el puñal en su pecho, a través de su kimono. Y volví a caer desvanecida. Cuando desperté, miré a mi alrededor. Mi marido estaba muerto desde hacía tiempo. Un rayo de sol poniente, iluminaba su rostro lívido y sin color. Después... ¿qué me pasó? No tengo fuerzas para contarlo. No logré matarme. Apliqué el puñal contra mi garganta, me arrojé a una laguna en el valle... ¡Todo lo probé! Pero fue en vano. Y puesto que sigo con vida, debo soportar el peso agobiante de mi deshonor. Yo, una mujer que mató a su esposo, que fue violada por un bandido... Ni la infinita misericordia de los dioses perdonaría a una mujer como yo.

Levanta su mano y borra lentamente el rojo de sus labios, extendiendo la mancha rojiza por su rostro, deformándolo. Con expresión desesperada, vuelve al fondo penumbroso del muro junto a los demás personajes.

LEÑADOR

Ya ves que todos dicen su verdad.

SIRVIENTE

¿Y tú le crees a la mujer?

LEÑADOR

¿Tú le crees al bandido? ¿Quién puede saberlo?

RYUNOSUKE

¡Yo lo sé, pero eso no es lo que importa!

Nadie oye a Ryunosuke. Los personajes continúan hablando entre ellos.

SIRVIENTE

Tienes razón, ¿quién puede saberlo? Ha parado la lluvia, pero este vapor helado que sube de la tierra penetra mis huesos. ¡Qué historia! Ya no sé si tiemblo de frío o de intriga.

LEÑADOR

Todavía te queda algo por conocer. Cuando ya caía la noche de aquella jornada que pasamos declarando en casa del juez, todos los que allí estábamos fuimos testigos de un hecho asombroso. Una hermosa y misteriosa mujer se acercó al estrado y rogó al juez que le permitiera hablar. Se presentó como una médium capaz de evocar al espíritu del muerto para hacer conocer su voz a través de ella. Luego supimos que se trataba de la célebre médium Tamiko, hija de Yoshihide, el famoso pintor.

Música. Desde la oscuridad de un corredor que da al fondo del hall comienza a avanzar una bella mujer de larga túnica blanca. Con pasos de aire misterioso sube al escritorio, levanta una mano hacia su blanca frente y dibuja sobre ella una mancha oscura, ovalada, de bordes indefinidos, que da la sensación de una marca especial, un estigma, una inquietante huella. A partir de ahora la luz sólo iluminará a la Médium, que se agita ligeramente, alza los brazos, desenfoca su mirada y comienza a hablar con extraña voz.

MÉDIUM

Yo estaba atado al pie del abeto cuando el bandolero, una vez logrado su fin, se sentó junto a mi mujer y trató de consolarla. Me sentí torturado por los celos. El le decía:

"Ahora que tu cuerpo fue mancillado tu marido no querrá saber nada de ti.

¿No quieres abandonarlo y ser mi esposa? Fue a causa del amor que me inspiraste que yo actué de esta manera".

Mi mujer lo miraba extasiada. Yo mismo no la había visto nunca con expresión tan bella.

Le dijo: "*Llévame donde quieras*".

La silueta de Takehiro aparece en la penumbra. Pasa por al lado de Ryunosuke sin verlo y se detiene cerca del espejo. La luz solo lo ilumina débilmente de la cintura hacia arriba, quedando el resto de su cuerpo en la oscuridad. Mueve los labios a la par de la Médium, pero no sale sonido alguno de su boca.

Pero la traición de mi mujer fue aún mayor. ¡Si no fuera por esto, yo no sufriría tanto en la negrura de esta noche! Cuando, tomada de la mano del bandolero, estaba a punto de abandonar el lugar, se dirigió hacia mí con el rostro pálido, y señalándome con el dedo, dijo: "*¡Mata a ese hombre! ¡Si queda vivo no podré vivir contigo!*". Estas palabras me siguen persiguiendo en la eternidad. Acaso pudo salir alguna vez de labios humanos una expresión de deseos tan horrible?

La médium se interrumpe, contorsionándose y riendo extrañamente. Baja del escritorio y comienza a dar vueltas vertiginosas a través del hall del hotel. Empieza a escucharse también la respiración de Takehiro. La voz de la médium es cada vez de tono más grave.

Al escucharla, hasta el bandido palideció. Arrojó a mi mujer de una patada sobre las hojas secas. Y mientras se cruzaba tranquilamente de brazos, me miró y me preguntó: "*¿Qué quieres que haga? ¿Quieres que la mate o que la perdone? Contéstame con la cabeza. ¿Quieres que la mate? ...*".

Poco a poco comienza a oírse la voz del hombre simultáneamente a la de la médium, que vuelve a subir al escritorio. Masago se pone de pie, y con el rostro desfigurado por la angustia, dibuja una línea negra que atraviesa su garganta y unas manchas oscuras en sus narinas.

Solamente por esta actitud, yo habría perdonado a ese hombre.

Mientras yo vacilaba, mi esposa gritó y se escapó, internándose en el bosque.

El hombre, sin perder un segundo, se apoderó de mis armas, cortó la cuerda que me sujetaba y se lanzó tras ella, desapareciendo en el bosque.

Tras su desaparición, todo volvió a la calma. Sólo se oía mi propio llanto. Delante de mí relucía el puñal que mi esposa había dejado caer. Tomándolo, lo clavé de un golpe en mi pecho. Sentí un borbotón acre y tibio subir por mi garganta, pero no sentí ningún dolor. A medida que mi pecho se entumecía, el silencio se hacía cada vez más profundo. ¡Ah, ese silencio!

Se va apagando lentamente la voz del muerto, que ahora sólo repite como un eco lejano las palabras que pronuncia la médium.

Ni siquiera cantaba un pájaro en el cielo de aquel bosque. Un último rayo de sol desaparecía... Tendido en tierra, fui envuelto por un denso silencio. En aquel momento, unos pasos furtivos se me acercaron. La mano invisible de alguien retiraba suavemente el puñal de mi pecho. La sangre volvió a llenarme la boca. Ese fue el fin. Me hundí en la noche eterna para no regresar...

El cuerpo de la médium empieza a derrumbarse con dolorosos movimientos quedando sobre el escritorio completamente inerte. Takehiro retrocede hasta quedar fuera del foco de la luz. Los rostros de todos los personajes, vueltos hacia el público, pueden verse ahora totalmente cubiertos de un difuso color gris, como si hubiera caído sobre ellos un manto de cenizas. Vemos apenas brillar sus ojos con expresión lejana.

SIRVIENTE

(al leñador, tratando de esconder su miedo)

¿Puedes darme refugio por esta noche en tu cabaña?

LEÑADOR

Si vas con cuidado y no despiertas a los perros...

El leñador y el sirviente también van quedando inmóviles. Ryunosuke continúa quieto unos instantes, como si no se atreviera a interrumpir el silencio. El Otro avanza hacia él con expresión de profunda admiración.

EL OTRO

Lo ha logrado. Es un relato muy bello, Maestro.

RYUNOSUKE

(mirándolo con un relámpago de ira, pero finalmente sonriendo)

Sí, es bello. Y es bello porque es imperfecto... y frágil. Tengo que reescribirlo, con todos los detalles, antes que lo olvide. Describir cada personaje tal como acabamos de verlos.

Saca un cuaderno y una pluma del bolsillo. Abre ansiosamente el cuaderno e intenta escribir..

¡Esta maldita pluma! Necesito apoyarme bien.

Llega hasta el escritorio donde yace la médium en precario equilibrio y la aparta con un gesto suave. La mujer, como si fuera una hoja de árbol en otoño, cae livianamente al suelo. Ryunosuke se sienta, apoya el cuaderno, moja la pluma en el tintero y comienza a escribir.

Tengo que comenzar entonces por la escena en la que el leñador y el sirviente están en la puerta de Rashomon. Escena uno... voy a necesitar más tinta.

(mira a El Otro)

¿En qué fecha estamos?

EL OTRO

No lo sé exactamente, Maestro.

RYUNOSUKE

Yo tampoco. Pero en toda anotación uno debe poner la fecha. ¿Qué fecha puse en la anotación de ayer?

Empieza a pasar las páginas para atrás.

Necesito una tinta menos aguada, casi no se ve...

Se interrumpe. Reflexiona.

Estoy seguro, juraría... que esto que escribí ayer se veía más nítido cuando lo estaba escribiendo...

Sigue pasando nerviosamente las páginas para atrás y el texto escrito se ve cada vez más claro y borroso hasta desaparecer del todo en las primeras hojas del cuaderno, que lucen blancas, sin rastro de escritura alguno. Ryunosuke se pone de pie, mirando despavorido hacia todos lados.

¿¿Quién arrancó las hojas que escribí antes?!

EL OTRO

(cayendo al suelo, implorante)

No lo sé, Maestro. ¡Yo no fui!

ÉSTE

¡Yo tampoco, Señor Akutagawa!

Ryunosuke sigue manipulando las hojas en blanco hasta llegar al principio del cuaderno.

RYUNOSUKE

Sin embargo... las hojas no están arrancadas, parecen estar todas en su sitio, pero en blanco. ¿Adónde se fue todo lo que anoté antes?

Luego de unos instantes, su mirada angustiada se convierte en obcecada. Vuelve a sentarse.

Tengo que volver a ponerme a trabajar.

(dirigiéndose a Éste)

Consígueme más tinta.

(a El Otro)

Y tú tráeme más whisky. Y más Veronal. Y puedes seguir llamándome Maestro. Al fin y al cabo ya estoy en edad.

Éste y El Otro salen. Ryunosuke abre el cuaderno en la primera página, vuelve a mojar la pluma en el tintero y marca sobre el papel con todas sus fuerzas.

En el bosque, nueva versión. Leñador: Esta lluvia no va a parar. Sirviente: Tal vez tengamos que quedarnos aquí durante horas. Leñador: Quisiera volver a la aldea cuanto antes. Sirviente: Tienes adónde ir. Tienes suerte...

Comienza a oírse una música triste. La luz va desapareciendo lentamente. Sube el sonido de la música y todavía se oye la voz de Ryunosuke perdiéndose de a poco en la oscuridad.